


Martín Navarro, Alejandro (2023): *Una sabiduría salvaje. Nietzsche y la religión de la abundancia*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, pp. 172, ISBN: 978-84-19132-25-3

Andrés Ortigosa PeñaDepartamento de Filosofía y Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla <https://dx.doi.org/10.5209/Ilur.104699>

El libro de Alejandro Martín Navarro, profesor de filosofía en la Universidad de Sevilla, España, es una pieza interesante para toda persona que busque una lectura amena y, al mismo tiempo, una óptica más bien novedosa sobre Nietzsche. El libro posee dos partes: el libro como tal y una segunda parte, casi un anexo, con traducciones de textos clave para la comprensión de este. En esta reseña nos centramos en el libro.

Tras el prólogo el autor comienza preguntándose qué es eso que se llama popularmente religión. Este capítulo, aunque propedéutico, es el que permitirá al autor comprender en qué sentido la obra *Así habló Zaratustra* alberga un sentido religioso. Así, comienza dudando y desdibujando lo que el pensamiento común llamaría religión. La religión no es solo la creencia, o la fe, un discurso o una suerte de* teísmo. No. El elemento primordial de la religión es, en realidad, la valoración. Así lo afirma el propio autor: «la religión es la técnica cultural que opera con los valores» (p. 25). Al operar con valores la religión marca qué es lo valioso y qué* es lo menos valioso en la propia vida humana. Es por ello por lo que «solo cuando se ha establecido, en el núcleo de lo humano, lo máximamente valioso frente al disvalor, aparece el mapa entero de la existencia: el arriba y el abajo, el cielo y los infiernos, el origen y la meta, la montaña divina y la sima de los demonios, las tablas del bien y del mal» (p. 27).

Ahora bien, como se decía, si hay en la cultura humana una pregunta por lo máximamente valioso eso quiere decir que también hay una experiencia del disvalor. Y esto es obvio: el sentimiento de estar desconcertado con nuestra existencia o la idea de que las cosas no son como deberían ser nos hace vislumbrar qué no es valioso. Ahí también se instaura la religión a modo de «tecnología de restauración del valor perdido» (p. 31). La restauración de este valor en ocasiones es la recepción del mensaje originario, o la asunción de una tarea profética o, incluso, la transvaloración de todos los valores anteriores. Estas tres ideas están presentes en la religión. Pero también en la filosofía de Nietzsche, permitiendo que sea comprensible como una tecnología de la salvación (p. 37).

En Nietzsche el resentimiento del pueblo judío hacia la vida terrenal provocó el nacimiento de una moral cristiana. Asimismo, esta moral conduce al ser humano irremediablemente al nihilismo, es decir, a una pérdida del valor de la existencia terrena a través del enaltecimiento de todo aquello que es opuesto a la propia vida. La cultura occidental al completo ha enfermado a causa del nihilismo que produjo el cristianismo. Pero no por ser en sí misma una religión, sino por haberse separado de la naturaleza. Es la ruptura de lo humano con el orden natural lo que produce el nihilismo (p.41), siendo el cristianismo una especie de vehículo de este. ¿Qué actitud deberá tomar el ser humano frente al nihilismo? La de regresar a la vida. Es por eso que «la sabiduría salvaje de Zaratustra implica, entonces, el reencuentro con la divinidad de Dionisio, desaparecida –la *huida de los dioses*, otro tópico romántico– de la historia de Europa por el fatal acontecimiento socrático-cristiano» (p. 44). Pero esto implica necesariamente que en Nietzsche hay una veneración. Y si algo es valorado como venerable, entonces es religioso. Por eso el rechazo de Nietzsche a la religión es «un momento de su propia religiosidad, de la veneración a la santidad de la vida» (p. 45).

La filosofía de Nietzsche, en este caso, es una arquitectura del valor. Por ende, una propuesta de religión. Pero está invirtiendo el esquema común. No es una religiosidad hacia la carencia de este mundo, sino sobre su abundancia. El término abundancia (*Überfluss*) refiere, como comenta el autor, a un «estado vital relacionado con la fuerza, con la voluntad de crecer y ser más, en definitiva, con aquello que para Nietzsche constituye la esencia de la vida» (p. 47). Así pues, lo esencial en la vida humana es la abundancia, no la carencia. Es en este caso una superación del cristianismo: no hay disvalor en la vida terrenal a causa de su carencia respecto a otra vida, sino abundancia. Pues bien, esto es el mensaje salvífico de Zaratustra.

El mensaje del profeta no se puede comprender sin saber que la humanidad ha experimentado una pérdida a través del nihilismo. La tarea de Nietzsche es, entonces, la de dar testimonio de aquello que estaba

antes de esta pérdida. De ahí que comience Nietzsche normalmente por la filosofía griega. Ahora bien, como muestra Martín Navarro con precisión, la filosofía griega para Nietzsche tiene una división que resulta al resto de los ojos extraña. No habla de presocráticos. El filósofo alemán se refiere principalmente a «pre-platónicos». Esta denominación no es habitual. A su buen juicio, el autor sostiene que para Nietzsche los primeros filósofos eran filósofos «puros» a causa* de sus doctrinas plenamente originales, siendo el último de ellos Sócrates. Sin embargo, Platón ya es un filósofo «mixto» porque en él hay diversas teorías hilvanadas entre sí. Zaratustra, por su parte, es la figura que trata de retornar a un filósofo puro, a un pensador «al que su condición de máscara literaria le permite no confrontarse directamente con escuelas ni maestros» (p. 56). No es que en Nietzsche haya, por ende, una nostalgia de los griegos. Esa nostalgia está, pero no es todo lo que cabe decir sobre ello. Más bien, es una nostalgia por la antigua Grecia que le sirve a Nietzsche como modelo de su propio pensamiento. Para empezar, Nietzsche es materialista y, en buena medida, tiene ciertos matices científicistas. También ha sido considerado romántico, pero utilizar este término requiere de diversos matices (p. 59). Ahora bien, de su admiración por la ciencia no cabe duda. El propio filósofo ponía en contacto a filosofías preplatónicas con la ciencia de su época. Así, comparaba a Tales con Paracelso y Lavoisier para la explicación de la transformación del agua en tierra. O a Empédocles con las ideas evolucionistas. Así, la posición de Nietzsche, más cercana a Heráclito, aparece también en comparación con la fisiología de la percepción temporal de von Bär para ilustrar el *panta rei*, no habiendo, pues, un sentido absoluto de permanencia, sino que es una ilusión generada por nuestra manera de percibir, que a su vez depende de nuestro ritmo cardíaco.

Martín Navarro continúa presentando *Así habló Zaratustra* incardinándolo con el proyecto romántico de la nueva mitología. Esto no es una relación de influencias, sino especulativa: igual que se puede entender que los románticos buscasen una nueva mitología, el popular libro de Nietzsche puede ser concebido como una nueva mitología. Además, es una mitología que apunta a querer presentar la autosuperación de la moral cristiana como si Zaratustra fuese un profeta. De este modo, se consagra como religión. Es más, Martín Navarro da cuenta de un dato sumamente interesante: «el carácter sagrado que Nietzsche confiere a su labor se desprende esta sencilla anécdota: el filósofo añadió, como hoja adjunta a su *Anticristo*, una “Ley contra el cristianismo”, en la que establece una cronología nueva con el 30 de septiembre de 1888 como primer día de un nuevo modo de contar la historia. Se trata de un gesto habitual en las religiones. (...) El tiempo comienza de nuevo. El año cero instaura el *axis mundi*» (pp. 70-71).

Tras esto, el autor se centra ahora en presentar al profeta. Martín Navarro analiza por qué Nietzsche escogió a Zaratustra como personaje que encarnase a sus ideas. El motivo principal –aunque no el único que da el autor– es que «el fundador de una metafísica dualista debe ser quien se autosupere y dé por concluida su fatal obra» (p. 73). Dando vueltas a través del texto de Heidegger de 1953 sobre este mismo tema, al final concluye que Zaratustra es el hombre caído, el hombre enfermado que es llamado a una vocación mesiánica, siendo, pues, el médico que se cura a sí mismo. Esta denuncia de una conciencia enferma es la enfermedad del nihilismo. Para hacer soportable la vida el hombre inventa la negación del valor de la vida en vez de enfrentarla. Zaratustra busca justo lo contrario. Pero para ello también necesita del pueblo. Si bien la auténtica llamada del filósofo es la de alejarse de la mediocridad de la mayoría, lo cierto es que el filósofo también tiene que descender para exponer su camino. Esto sirve para que haya una *metanoia*, es decir, para que se transformen interiormente, para «ir más allá del modo de pensar anterior, enderezar el camino, tomar otra dirección» (p. 78).

Ahora el problema estriba en cómo tener una relación sana con la realidad una vez que ya se ha contagiado una persona del nihilismo. El regreso a un tiempo anterior, previo a Platón, donde reinaba la armonía con la naturaleza no es posible. Hay que generar un camino nuevo que nos devuelva a lo originario. Concebir una manera de ver el mundo diferente, alejado de la venganza. Alejarse del resentimiento. El resentimiento como tal había tomado dos formas: la filosofía clásica y el cristianismo. Pero eso significa que filosofía clásica y cristianismo son dos caras* de una moneda, pues las dos solo muestran la decadencia, un cansancio vital inmanente a ambas formas de pensar. Por eso mismo «la propagación vírica del sufrimiento, la sunción del sufrimiento en la medida en que el mundo empieza a ser percibido como *injusto*. El sufrimiento se vuelve entonces *castigo*» (p. 83). Por eso existen aquellos a quienes Nietzsche denomina «tarántulas»: personas que atrapan a otras en una red moralista. O también los doctos: aquellos que estudian el pensamiento de otros sin producir ellos mismos nada nuevo. El nihilismo es así un ciclo de consumación hacia la nada. También la creencia, que termina siendo idolatría, es una forma de decadencia, la cual es impía: «Paradójicamente, no hay religión sin experiencia abismática de la noche oscura, del vacío de Dios: solo puede haber certeza en la idolatría, es decir, en la impiedad» (p. 89).

Tras recorrer y comentar varios personajes que aparecen en *Así habló Zaratustra*, el autor comienza con el sentido que toman los discípulos de este. La enseñanza más básica que les enseña a estos es a vivir la ubicuidad del vacío de Dios en el mundo, a vivir sin valores que fundamenten. Pero esto no es un relativismo, o un escepticismo, sino que la enseñanza de Zaratustra se encarna en el cuerpo, que es el modo en que la naturaleza toma una forma específica. La mismidad del hombre es su corporalidad. Si se toma el cuerpo como algo degradante entonces el ser humano se entiende como degradante. Pero recordemos que el mensaje de Zaratustra es el* de volver a consagrar la tierra, siendo que el cuerpo es visto como una potencia a nivel creativo. Así, la tierra no deja de ser «un nuevo amor, una forma alegre de estar en el mundo, de relacionarse con la naturaleza, un modo más elevado de gratitud» (p. 99). El ser humano, a través del cuerpo y de todo lo que él supone –finito, imperfecto, inmediato...– se proyecta como dios de su propia creación, como *autopoiesis*. Así surge un nuevo hombre.

El nuevo hombre que Zaratustra busca generar en la humanidad es un hombre en* la célebre figura del niño: el que juega a no estar jugando. Es así el representante del arte, la creación, la representación y la inocencia. Es lo opuesto a la venganza. Así, no basta con negar a Dios. El ateísmo no implica necesariamente una superación del nihilismo (p. 119), sino que hay que superar los valores y transmutarlos hacia la tierra. Con esta imagen generada, Zaratustra solo puede ansiar que sus discípulos se conviertan en estos nuevos hombres, alejados de la promesa de la eternidad y afincados en la finitud. Eso sí, esta superación implica la aceptación de una nueva manera religiosa: igual que en todas las religiones monoteístas hay una afirmación de un pecado original, o una mancha, en la religión de Zaratustra «la mancha original de la humanidad es la rebelión contra la vida» (p. 129). Confiar en que el eterno retorno es una posibilidad es precisamente una marca distintiva de este nuevo hombre. Y así, saliendo Zaratustra de su caverna y dejando a sus discípulos durmiendo, el profeta sale a regocijarse en la naturaleza. Por fin se han dado cuenta de «aquello que verdaderamente merece ser llamado “valioso”. Del corazón en* la tierra brota oro» (p. 138).

A modo de conclusión, hay que decir que este libro no solo presenta una visión de Nietzsche menos explorada, sino que posiciona una idea interesantísima acerca de esa religión de la abundancia, del carácter sagrado –y no profano– de la vida, la tierra y el cuerpo. Además, Martín Navarro no deja de poner en diálogo a Nietzsche con otros filósofos, literatos y poetas clásicos, de su época y actuales, lo que permite que el lector no solo lea a Nietzsche, sino que se empape de otros grandes nombres de la humanidad. Por ello, termina siendo un libro gozoso de leer, ameno y en el que no cabe lugar alguno para el tedio, sino lo contrario: la admiración, la tranquilidad y, a veces, casi la risa –¿de Zaratustra? –.

